

5

Mayo
2007

la Tendencia
— revista de análisis político —

Director

Francisco Muñoz Jaramillo

Editor general

Ángel Enrique Arias

Consejo editorial

Jaime Arciniegas, Augusto Barrera
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado
Julio Echeverría, Miryam Garcés
Luis Gómez, Ramiro González
Virgilio Hernández, Guillermo Landázuri
Luis Maldonado Lince, René Maugé
Paco Moncayo, René Morales
Melania Mora, Marco Navas
Gonzalo Ortiz, Nina Pacari
Andrés Páez, Alexis Ponce
Rafael Quintero Quintero, Eduardo Valencia
Andrés Vallejo, Raúl Vallejo
Gaitán Villavicencio

Coordinador editorial

Álvaro Campuzano

Diseño y diagramación

Fraktal – Francis Hernández

Fotografías

Archivo Ildis

www.rafaelcorrea.com/galeria/index.php

Auspicio

ILDIS-FES

Av. Republica 500, Edif. Pucará

Teléfono: (593) 2 250 9608

Quito – Ecuador

Edición y Distribución

Editorial TRAMASOCIAL

Reina Victoria N 21-141 y Robles

Edificio Proinco II, piso 6, Oficina 6B

Teléfono: (593-2) 2 255 2936

Quito – Ecuador

tramasocial@andinanet.net

Impresión

Gráficas Araujo

2471047 / 09 6012237

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni éstas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
— revista de análisis político —

c de esta edición: cada autor

ISSN: 13902571

Mayo 2007

Editorial	5
-----------	---

ANÁLISIS DE COYUNTURA

Orden, seguridad e institucionalidad en el gobierno de Correa Jorge León T.	7
Cien días intensos y eficaces de Gobierno Galo Chiriboga Zambrano	15
Perspectivas políticas tras los primeros días de gobierno Carlos Castro Riera	19
Cuatro lecciones de la consulta popular del quince de abril Pablo Ospina Peralta	25
UNASUR: la coordinada bolivariana Napoleón Saltos Galarza	30
'Acuerdo País': una opción ciudadana radical Fernando Cordero Cueva	36
La responsabilidad de ir juntos a la Asamblea Nacional Constituyente Norman Wray	40

ACTUALIDAD DE LAS IZQUIERDAS

9 Reflexiones sobre la izquierda latinoamericana actual Julio Echeverría	42
'Posneoliberalismo' y 'neodesarrollismo': ¿Las nuevas coordenadas de acción política de la izquierda latinoamericana? franklin ramírez gallegos	51
El desafío de la unidad Juan Cuvi	57
Democracia y sociedad mundial: reflexiones desde la socialdemocracia Christoph Zoepel	62

Hacia un nuevo socialismo democrático	68
Xavier Buendía Venegas	

DEBATE SOBRE LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Las izquierdas y la constituyente	71
Francisco Muñoz J.	
Hacia una nueva inserción en el contexto global y regional	75
Pablo Andrade	
Hacia un nuevo esquema de regulación económica: re-definición del papel regulador del Estado	80
Pedro Páez	
Pobreza, inequidad social, empleo y desarrollo: propuestas para la constituyente	86
Carlos Larrea	
Encuentro Internacional “Experiencias Constitucionales en América Latina”	92
Néstor Raúl Correa	
La constituyente y la nueva constitución	98
Julio Cesar Trujillo	
Los retos de la próxima Asamblea Nacional Constituyente en torno a las definiciones del nuevo ordenamiento jurídico nacional	103
Diego Pazmiño V.	
Las mujeres ecuatorianas, la constituyente y la constitución	109
Rocío Rosero Garcés	
Una propuesta a la asamblea desde las mujeres autoridades locales	114
Margarita Carranco	
Propuesta de la Confederación de Trabajadores del Ecuador	119
CTE	

9 Reflexiones sobre la izquierda latinoamericana actual

Julio Echeverría*

1

Algunas interpretaciones aparecen como necesarias al tratar de discernir el fenómeno de la reemergencia de la izquierda en América Latina. El fracaso de los modelos de desarrollo del capitalismo latinoamericano, tanto en su versión neokeynesiana como en su versión neoliberal, incide en la conformación de un cuerpo social abigarrado, multiforme y altamente politizado pero que no cristaliza en una configuración relativamente uniforme (como fue la clase obrera tradicional, referente de las acciones teóricas y prácticas de la izquierda histórica). La inexistente iniciativa capitalista latinoamericana en un contexto de alta y dinámica integración global, deja nuevamente a la región en una condición subordinada y dependiente frente a los procesos de integración. Es en este contexto que emerge el protagonismo de la izquierda latinoamericana. Este contexto, a su vez, está marcado por un fuerte recambio de las élites al poder y por el ingreso en la arena política de nuevos actores que pre-

sentan una estructuración social marcadamente diferenciada. Esto último se expresa en el carácter no homogéneo de la composición ideológica y política de las izquierdas latinoamericanas. En efecto, éstas van desde posturas de corte etnicista de rai-gambre milenarista, como en el caso boliviano, a derivaciones nacional-populares como el neo-peronismo de Kirchner; desde posturas jacobinas de corte populista, como las lideradas por Chávez en Venezuela, a posturas tecnocrático-populistas como las de Correa en Ecuador, o a definiciones más claramente tecnocráticas pero con proyecciones de inclusión social, como en el caso de Lula en Brasil o Bachelet en Chile. La diferenciación entre izquierda y derecha, que parecía eclipsarse a nivel global durante los años ochenta, ahora parece recobrar nuevos bríos. Esta distinción que empezaba a perder sus perfiles de repente recupera su sentido, y lo hace en el contexto latinoamericano. ¿Cuáles son los rasgos que definen a la izquierda latinoamericana en el momento actual? ¿Qué significa ser

2

de izquierda en este nuevo contexto?

El fracaso de las dos estrategias adoptadas por el capitalismo contemporáneo, tanto la iniciativa neokeynesiana como la neoliberal, aparecen como el trasfondo de la reaparición de la izquierda luego de su virtual silencio durante los años ochenta y noventa. Ya entrados los años ochenta, el impulso

de las políticas expansivas destinado a integrar en los procesos de gestión a la contraparte contestataria mediante un abierto protagonismo de la política social y a través de reconversiones productivas que potenciaran los mercados internos, había fracasado. La crisis fiscal y de endeudamiento externo de las economías latinoamericanas evidenció este fracaso.

La iniciativa neoliberal, por su parte, apuntó a corregir la deriva socializante del capitalismo regulado. Inauguró así una línea de políticas restrictivas que apuntaban a regresar a un modelo de concentración excluyente y de radical innovación tecnológica, cuya variable clave era la reducción de costos en el proceso productivo. El reformismo capitalista fracasó, no tanto como resultado de las fuerzas que lo impugnaron, sino por la incapacidad de las clases dirigentes que intentaron llevarlo a cabo. La retirada estratégica de la iniciativa del capitalismo reformista, fenómeno que es reconocible a nivel global, se activa mediante la iniciativa neoliberal, que aparece como un regreso neoconservador a la lógica absolutista del dominio. En América Latina, los logros del

Si bien el panorama de las izquierdas es fuertemente diferenciado, el debate actual tiende a reducir esa diferenciación en dos grandes agregaciones: el polo populista o el polo tecnocrático. Ambas tendencias están presentes en los distintos casos latinoamericanos, aunque su énfasis es distinto en cada realidad nacional. En el primer caso, el referente parece ser la izquierda de Chávez, y en el segundo, la izquierda chilena de Lagos y Bachelet. Veamos ahora los casos que tienden más hacia el populismo. Las cartas de presentación de la autodenominada 'nueva izquierda latinoamericana' impulsora del 'socialismo del siglo XXI', son las mismas que en los años sesenta presentara el movimiento guerrillero de Fidel Castro al asaltar el cuartel Moncada. Los exponentes de esta 'nueva izquierda' se remiten a la figura de Castro, la cual funciona como ícono integrador que compacta adhesiones. Especialmente el coronel Hugo Chávez, se atribuye el rol de continuador del mito revolucionario. Solamente que en su caso no fue necesaria ni la marcha por la Sierra Maestra, ni el asalto al cuartel Moncada. Fue sufi-

reformismo capitalista aparecen como pálidos reflejos de las conquistas históricas que alcanzaron los 'Estados de Bienestar' en Europa. Por ello, el fracaso del neoliberalismo es doblemente aparatoso: el desmontaje de las tibias políticas expansivas e inclusivas desatan procesos de movilización de nuevas fuerzas sociales y de actores que emergen en una lógica de fuerte politización, mientras la región termina el milenio con los más altos índices de inequidad a nivel global. El regreso del protagonismo de la izquierda en la región aparece entonces como resultado, tanto de las malas maniobras capitalistas, como de la irrupción de fuerzas y actores sociales que emergen como efectos de movilización desatados por el mismo capitalismo.

3

ciente un 'pequeño empujón' a la maltrecha institucionalidad democrática venezolana, ocupada por viejas oligarquías 'remozadas', que fungieron de fuerzas modernizadoras pero que no eran sino expresiones maquilladas del *ancien régime*. Con su coreografía de cantos a la patria, de colores encendidos y de banderas, Chávez aparece como el restaurador del mito revolucionario en la lucha antioligárquica. Pero lo que recupera no es precisamente la tradición de la izquierda, sino la de las luchas del liberalismo revolucionario. No casualmente la reconstrucción del mito realizada por Chávez es la del bolivarianismo. De modo similar, Rafael Correa y Evo Morales recurren, respectivamente, al alfarismo y al milenarismo étnico. Y si de mitos se trata, la otra mitología a la que acude esta corriente es la de la convocatoria popular. La 'ficción del pueblo' funciona aquí como mecanismo de compactación y neutralización política de la diversidad constitutiva de la composición social que tiende a ser cada vez más diferenciada. Quien compacta esta diversidad es el líder carismático. En esta construcción, el 'pueblo' aparece como cargado de 'virtudes morales

* Presidente Fundación Diagonal, profesor-investigador de la Universidad Central del Ecuador

puras y simples', y dotado de un 'saber o razón última' que está más allá de la artificialidad propia de la lógica conceptual o intelectualista de la 'política formal'. Se apela, así, a una razón intuitiva que deriva en acción emocional, en adscripción incondicional a un líder que encarna las virtudes del 'pueblo'. Con esta construcción de universalidad se substituye la elaboración programática y deliberativa por mecanismos afectivos de adscripción emotiva de las masas con el líder. Tanto Chávez como Correa, y en alguna medida Morales, han recreado esta construcción semántica para arremeter contra la lógica de la representación, y a través de ésta contra la lógica

4

La izquierda tuvo su filiación en el liberalismo, de allí que esta operación de recuperación de íconos revolucionarios liberales no sea del todo descabellada. En realidad, la izquierda antes de ser marxista fue liberal y su origen es jacobino. Quienes se sentaron a la izquierda en la Asamblea el 28 de agosto de 1789, fueron aquellos que se opusieron a la permanencia del veto real, mientras quienes lo defendían ocuparon la parte derecha de la sala. Una casualidad momentánea en la historia pero que luego se cargará de significaciones profundas: la izquierda como espacio de movimiento, comprometida con el cambio y la transformación; la derecha, como espacio del *status quo* y del orden. Así comienza a delinearse un dualismo que tiene raíces ideológicas profundas y, en muchos casos, derivaciones de carácter religioso. Si bien la izquierda se presenta como defensora del cambio y del movimiento, su estructura ideológica permanece conservadora. La izquierda se vuelve defensora de la idea de un 'orden natural' que debe ser preservado, de una 'razón natural' que debe ser emancipada pero que está allí en la profundidad de la consciencia subjetiva. La idea del orden natural y del bien como sustancia constitutiva

deliberativa de construcción de decisiones. Apelan a la política como 'acto demiúrgico', como trasgresión de la que emerge un nuevo orden sin que éste haya sido prefigurado por ninguna razón programática. La deliberación tiende a ser substituida por la movilización permanente y por el uso *in extremis* del expediente electoral y plebiscitario. Tal deriva neopopulista apela a símbolos movilizadores con capacidad de integrar una multiplicidad de actores, demandas e identidades. Los símbolos patrios substituyen a la lógica selectiva propia de la representación por otra de tipo agregativo: la adscripción por la fe substituye a la deliberación.

de la vida social aparece como el paradigma central de la izquierda. De aquí emerge su programa político de rescate de esa naturalidad social alienada o desnaturalizada por la modernidad capitalista. Una formulación que tendrá sus consecuencias políticas en la construcción del concepto de pueblo como realidad indiferenciada, y en la idea de la autorrealización de la sociedad, de su autoexpresión. De allí el énfasis en el concepto de democracia directa: el poder debe regresar al pueblo sin cortapisas, sin artificios, sin mediaciones. La izquierda, desde sus orígenes, se compromete más con la lógica de movimiento y de oposición que con la del orden y del gobierno. Pero cuando, gracias a la fuerza de impacto de su ideología, logra asaltar los cuarteles del poder, termina entrampándose en la lógica del gobierno. Es aquí donde aparece su déficit de democracia. El gobierno es consubstancial con la existencia de diferentes intereses y proyecciones de valor. Gobernar es arreglar discordias y conflictos. Si se parte de la idea de que esas discordias y conflictos no existen 'por naturaleza', lo que queda para el gobierno es su eliminación, su extirpación como 'mal', su no reconocimiento. Si no se asume críticamente esta premisa, cuando la izquierda llega al

5

poder, su deriva es la dictadura y el totalitarismo.

Ya conocemos la historia de la izquierda hasta la caída del muro de Berlín. Su acumulación de poder para asaltar al poder cristalizó en poder inexpugnable, en totalitarismo, en absolutismo. En este complicado acercamiento a la lógica del poder, la recepción de la tradición liberal en la izquierda es parcial y limitada. Recupera del liberalismo su lado bueno', el de la ideología del no-poder bajo la inspiración clásica de la 'buena política': aquella que opone una naturaleza humana bondadosa al poder maligno y malvado. La utopía del no-poder aparece como radicalización del estado mínimo liberal, una construcción ideológica altamente movilizada. Solamente que de ideología que permite el acceso al poder, se convierte, ya en el poder, justamente en lo opuesto que quiere lograr. Una aproximación más adecuada de la izquierda a la tradición liberal le hubiera permitido zanjar sus diferencias de manera más productiva y reconocer en la tradición liberal, no solamente su expresión jacobina, sino también su matriz absolutista. Sobre el gran laboratorio de la política que fue la construcción del Estado absoluto y de sus conceptos de soberanía y legitimidad, más tarde, en un colosal salto lógico e histórico, aparece el iluminismo con sus derechos fundamentales. El absolutismo aporta a la construcción de la política moderna con el concepto de Estado como procesador de orden, como máquina productora de gestión política. Los derechos fundamentales que inspiran al iluminismo sólo pueden entenderse como emergencia polémica frente al absolutismo, como re-configuración de la lógica de la gestión del poder desde la perspectiva de los derechos ciudadanos. Si del liberalismo se rescata sólo su lógica jacobina, no se entiende el porqué de los derechos ciudadanos y se los tiende a ver como

'ficciones ideológicas' que esconden la verdadera estructura indiferenciada de la realidad social. La izquierda, al no reconocer esta vinculación entre iluminismo y absolutismo que está en el origen de la tradición liberal y moderna, no concibe a los derechos fundamentales como estructuras inamovibles de procesamiento del poder político. Es el iluminismo como expresión de la 'voluntad popular' el que hereda y transforma la máquina de gestión del poder: el poder no se elimina sino que se democratiza. Si no se reconoce esta estructura de diferenciación constitutiva del poder por la cual el Estado es necesario, así como son necesarios sus conceptos de legitimidad y de soberanía entendidos en los términos de una nueva socialidad emergente (o sea, declinados o 'filtrados' por la lógica de los derechos fundamentales), la izquierda se queda en la exclusiva lógica de la exclusión jacobina de las diferencias. Aquí radican los límites de la ideología de esta versión de la izquierda: no reconocer la densidad de la lógica del poder, su necesidad constitutiva articulada en normas, procedimientos y regulaciones, en burocracias y administraciones, en derechos individuales y colectivos. El no reconocer esta densidad del poder le impide controlarlo o neutralizarlo democráticamente. Y al no hacerlo, se vuelve su ejecutor y su víctima. Una nueva izquierda solamente puede aparecer cuando la relación con el liberalismo se zanje reconociendo la integralidad de su construcción política. Cuando se vea en esta construcción una evolución radical con respecto a las derivaciones teológicas y carismáticas de la legitimación del poder. Cuando se asuma, en serio, la construcción de la soberanía popular como estructura diferenciada articulada por los derechos ciudadanos. ¿Está el 'socialismo del siglo XXI' equipado teórica y políticamente para aceptar este

6

desafío?

Adecuadamente advierte M. Tronti: “La izquierda nace liberal y progresista, y deviene radical y democrática. En ese recorrido encuentra al movimiento obrero, a su historia, a su teoría”. ¿En qué medida la teoría se vuelve práctica, se convierte en regimentación política efectiva? Este es el salto aún no realizado por las izquierdas, y frente al cual el ‘socialismo del siglo XXI’ aparece como una pálida parodia, como repetición de la orientación jacobina y su candoroso enfrentamiento al poder. ¿Podemos reconocer en la izquierda latinoamericana el intento por recorrer este camino más complejo de elaboración y conformación política? Seguramente que sí. Y la reflexión nos conduce al proceso chileno. Fue en el Chile de la Unidad Popular donde se jugó el destino de la izquierda moderna. Allí, un bloque de partidos y organizaciones, desde una posición de clase obrera, experimentó ‘el camino democrático de acceso al poder’. Algo que parecería caracterizar actualmente a toda la izquierda del continente desde Chávez a Lula, desde Correa a Bachelet. Desde Chile en el setenta para acá, la izquierda abandonó el camino insurreccional de acceso al poder, a pesar de que el referente, en muchos casos, siga siendo la Cuba revolucionaria de Fidel Castro. No solamente que la izquierda ha accedido al poder utilizando la institucionalidad del sufragio universal, sino algo más: ahora impulsa las transformaciones desde el campo de la institucionalidad y del constitucionalismo, instancias antes desvalorizadas como meras superestructuras, o ‘mistificaciones propias de la institucionalidad burguesa’. La ‘nueva izquierda’ ha modificado la ruta de la transformación. Ahora las instituciones y el constitucionalismo son la vía y el camino del cambio, en alternativa al movimiento insurreccional. Sin embargo, la pregunta emerge: ¿ha recuperado realmente la

izquierda el constitucionalismo moderno, o esta operación consiste en su uso instrumental para luego de alcanzado el poder político, construir su tradicional concentración absoluta de poder, dejando en segundo plano un aspecto consustancial al constitucionalismo como es la garantía de los derechos fundamentales y la división y autonomía de poderes? La experiencia del socialismo chileno es aleccionadora no solamente porque demostró que la izquierda podía acceder al poder por medios pacíficos y mediante la institucionalidad de las elecciones libres, sino también porque recuperó la figura de Antonio Gramsci para América Latina. La lógica de gobierno, si quiere ser sostenible en el tiempo, debe sustentarse sobre la hegemonía entendida como construcción intelectual y moral. La transformación histórica liderada por la izquierda va más allá del acceso al poder político. Su verdadera complejidad consiste en la lógica de gobierno de una realidad social y económica diferenciada (diferenciación que caracteriza a las mismas fuerzas comprometidas con la transformación). La emergencia del poder absoluto de Pinochet se explica, más allá de la vocación totalitaria de las fuerzas armadas, por la incapacidad de gobierno que demostró el socialismo de Allende para conducir el proceso de transformaciones. Una incapacidad de gobierno y de hegemonía tanto en el propio campo o bloque de las fuerzas de izquierda como frente a otras fuerzas externas a ese campo, pero igualmente comprometidas con la transformación social y política. La experiencia del fracaso del socialismo chileno desencadenó efectos decisivos en otras latitudes y en otras izquierdas a nivel global. Luego de examinar la derrota chilena, el ‘compromiso histórico’ italiano, y el ‘eurocomunismo’ que fue su derivación, descubrieron la importancia de la lógica de gobierno como construcción plural comandada por la izquierda. Una

complejidad que no pudo ser adecuadamente canalizada por estas fuerzas y que estalló en pedazos justamente allí donde parecía cuajar. El secuestro de Moro por parte de las Brigadas Rojas en 1978, estuvo dirigido justamente a boicotear la línea gramsciana de la hegemonía del Partido Comunista sobre las fuerzas opuestas aliadas de la Democracia Cristiana. Su réplica en la política de Gorbachov en una reali-

La historia de la experiencia chilena y de su derivación europea es una clave importante de acceso a la comprensión de la reconfiguración de los perfiles ideológicos y políticos de la nueva izquierda latinoamericana. Lo que no advirtieron Allende y sus fuerzas aliadas, y tampoco el ‘eurocomunismo’, fue la radicalidad de la reconversión capitalista que se hallaba en curso a nivel global. En ambos casos se trató, más que de un programa de enfrentamiento a esta iniciativa del capital, de una ligera intuición no suficientemente reflexionada. La iniciativa capitalista no solamente estaba dirigida a debilitar la composición política de una clase obrera fuertemente politizada a través de una línea de flexibilización productiva radical. Tal iniciativa apuntaba, más allá, hacia una reducción de costos organizacionales en los mismos procesos productivos que permitiera a las economías occidentales ingresar en un nuevo ciclo de acumulación y enfrentar con alguna ventaja la emergencia de nuevas economías en expansión. Estas últimas crecían, justamente, a partir de sus bajos costos organizacionales y en particular de su fuerza laboral. Las innovaciones tecnológicas en la comunicación y la información permitían vincular de manera más dinámica procesos productivos y lógicas financieras. La innovación tecnológica no fue solamente de máquinas, fue también (y fundamentalmente) de procesos. La producción industrial ingresó en una línea de reconversión producti-

dad ya conformada por el poder soviético, donde aparentemente no existía contraparte organizada a ese poder con la cual conducir el proceso de democratización, condujo al virtual desmantelamiento del socialismo. A partir de este punto, el paso hacia el desmoronamiento de toda la constelación de países adherentes al bloque soviético y a la caída del muro de Berlín será uno solo.

7

va y organizacional radical: descentramiento de procesos productivos, tercerización y flexibilización en las fases del diseño y de la elaboración del producto. Tal estrategia de integración productiva a nivel global fue comandada por el capital financiero, en un contexto de efectiva dispersión del control sobre los procesos productivos locales. La época del dualismo clasista obrero-capital estaba siendo superada por la reestructuración capitalista, impulsada por la misma configuración política y por la fuerza de impacto de las organizaciones obreras. Las figuras del conflicto habían ingresado en una nueva fase de conformación y articulación. El mundo de las diferencias se instalaba como nueva estructura de la vida social, y la creciente integración comunicativa del mundo global vinculaba a culturas y sociedades que antes habían permanecido incomunicadas. La lógica del partido único dejaba de ser consistente con esta nueva estructura de la composición social y de los enfrentamientos políticos. La diferenciación se instalaba en el mismo campo de las fuerzas de izquierda por lo que su reducción a una sola versión del enfrentamiento resultaba totalitaria y excluyente, o explotaba en conflictos que anulaban cualquier capacidad de impacto. Esto sucedió en el Chile de Allende. Los conflictos de la izquierda radical con el mismo gobierno debilitaron su capacidad de control del proceso y generaron las condiciones para la iniciativa autoritaria de Pinochet. En Italia, al secuestrar y

eliminar a Aldo Moro, las Brigadas Rojas acabaron con la estrategia de control y de gobierno concertado con la Democracia Cristiana (en la que se ponía a prueba la capacidad de hegemonía de las fuerzas de izquierda sobre sus contrapartes capitalistas). Lo

ni políticamente para enfrentar este desafío.

El análisis del caso chileno adquiere connotaciones estratégicas importantes. No solamente puso sobre el tapete la posibilidad para la izquierda de utilizar el sufragio libre como mecanismo de acceso al poder. También descubrió la falta de preparación teórica de la izquierda para asumir la lógica de gobierno, más todavía en un contexto de creciente diversificación y complejización de la política a nivel global. El costo para la izquierda y para la sociedad chilena fue extremadamente alto, al punto que revertir la deriva totalitaria del régimen de Pinochet le implicaba recorrer el camino de las alianzas y de los acuerdos, ahora incluso con sus anteriores fuerzas opuestas. La concertación chilena es otro de los resultados del experimento histórico de la izquierda. Esta concertación supuso el reconocimiento práctico (ya no gracias a la fuerza de los conceptos, como hubiera sido deseable, sino a la luz de la tragedia histórica) de la necesidad de un gobierno que procese el cambio de manera plural y concertada. El desafío de la democratización en Chile obligaba a la izquierda a asumir en serio la lógica de gobierno. No sólo se trataba de derrocar al régimen autoritario únicamente desde el campo de las fuerzas de izquierda. Éstas no eran suficientes. Se trataba de articular un bloque más amplio de fuerzas sociales y políticas, y de reconocer en esas fuerzas intereses y proyecciones que no necesariamente coincidían con el programa de izquierda. La perspectiva estratégica debía modificarse. Ahora la izquierda descubría la importancia de los derechos ciudadanos y veía en ellos no solamente una plata-

sucesido en la Unión Soviética, no fue sino el intento desesperado por adecuar la estructura política del régimen a las nuevas exigencias que provenían de la reestructuración tecnológica y política del capitalismo. Pero el régimen no estaba equipado ni teórica-

8

forma para la 'acumulación de fuerzas' sino una base sustantiva para todo su bagaje programático. La izquierda de los derechos aparecía con igual fuerza que la izquierda de la lucha por el empleo, por la mejora del salario, por la distribución más equitativa del ingreso. Al descubrir la importancia de los derechos en la lucha contra el poder autoritario y totalitario, la izquierda latinoamericana recorrió el camino de la democratización ya recorrido por el liberalismo revolucionario. La perspectiva programática se enriquecía: ahora eran los derechos más la equidad, los derechos más la producción socializada. ¿Cómo traducir los derechos en políticas públicas? La izquierda abandona su posición de subalternidad y asume la lógica de gobierno al tiempo que abandona su referencia unívoca a una base social restringida. El contexto de alta diferenciación social, amplía la base de conformación de los derechos. Éstos ya no son solamente políticos y civiles. Ahora son sociales y económicos, individuales y colectivos y el horizonte de la política tiene que ver con la capacidad de regular y gobernar su realización efectiva. El desafío que plantea la experiencia de la izquierda chilena es crucial para el conjunto de la izquierda latinoamericana. Su desafío sobrepasa el dilema entre populismo y tecnocracia y accede a un nivel de mayor densidad y proyección estratégica: o la izquierda permanece anclada a una lógica de liberalismo radical, o profundiza en la transformación social sin ceder en la política de derechos. Ello la obliga a reconocer el pluralismo y a abandonar su tradición exclusiva de representar a la clase obrera. La reestructuración capitalista ha

modificado el perfil y la agregación del 'sujeto colectivo'. La innovación tecnológica ha provocado la extensión y maduración de estamentos intermedios que se reproducen mediante lógicas de movilización cognitiva. Los flujos comunicativos refuerzan una hermenéutica social como actitud cada vez más generalizada. Las reestructuraciones capitalistas producen una dislocación más intensa de la composición social por lo que ya no es suficiente reducir la

cuerpo social.

La izquierda latinoamericana presenta un cuadro de diferenciación en su conformación ideológica y política. Su protagonismo actual obedece más a los fracasos de la iniciativa capitalista de modernización que a una deliberada operación de construcción política y programática. La modernización en América Latina fue más una operación de élites separadas del cuerpo social que el resultado de una clara iniciativa reformista del capital. La derecha no supo reconocer y hacer suya la estrategia reformista de la socialización de la producción, lo que explica los altos índices de inequidad distributiva y las condiciones de extrema pobreza y de vulnerabilidad por las que atraviesan grandes segmentos de la población latinoamericana. Condiciones estructurales estridentes en materia de infraestructura básica, de inequidades, de ausencia de desarrollo institucional e integración regional, caracterizan a la realidad política latinoamericana. El neoliberalismo ha fracasado en América Latina porque no ha tenido como referente ninguna iniciativa reformista previa del capital. Estas dificultades de aclimatación del neoliberalismo han significado el desmontaje de las incipientes instituciones liberales y la recuperación de las viejas instituciones oligárquicas, con sus lógicas discursivas y con sus pragmáticas premodernas. Lógicas caudillistas, rasgos clientelares o populistas, hacen parte de las estructuras

9

política y la organización a una sola de estas figuras diferenciadas. La lógica de partido único ya no es consistente con este cuadro de alta diferenciación. La complejidad y la movilidad de las fuerzas no resisten su reducción a la rígida voluntad de simplificación de ningún jefe carismático. La construcción de poder deberá ser siempre plural y la reproducción de este poder estará en directa relación con la ampliación y potenciación de esta diferenciación del

semánticas que predefinen las lógicas del discurso político, y componen las prácticas de actores y gobiernos que se remiten a la carta de identidad de la izquierda. Ésta difícilmente puede inmunizarse frente a la preeminencia de estas lógicas políticas. Las 'izquierdas latinoamericanas del siglo XXI' presentan una configuración diversificada que es congruente con las contradicciones y reconversiones productivas del capitalismo global. Más allá de su retórica discursiva, la 'izquierda jacobina bolivariana' (encabezada por Chávez y replicada, en distinta medida, por Correa y Morales), permanece anclada en una figura obsoleta del capital, pero vigente y dominante en la actual geopolítica global: un modelo productivo y tecnológico que favorece formas predatorias y rentistas consubstanciales tanto con la vigencia de políticas pragmáticas premodernas, como con la sobreexplotación de los recursos naturales del planeta. La transitoria bonanza económica generada por los altos precios del petróleo tiende a reposicionar a la economía en lógicas productivas que parecían ya superadas históricamente. Su lógica productiva extractiva de materias primas presiona hacia la re-primarización del conjunto de la economía, un modelo que contrae y reduce en una dirección unívoca la composición tecnológica y organizacional del proceso económico y que puede sustentar un modelo político de concentración y centralización de poder piramidal y autoritario.

Esta nueva acumulación originaria de capital tiene importantes consecuencias para la integración y el desarrollo regional latinoamericano en un contexto global altamente competitivo. La otra izquierda, la de Lula y la de Lagos y Bachelet, expresan con más claridad el proceso evolutivo de la izquierda histórica latinoamericana. Sus experiencias de salida de regímenes autoritarios definieron un perfil más abierto a construcciones plurales y diversificadas en su articulación política y en la maduración de su construcción programática. La necesaria conformación de alianzas en el proceso de redemocratización, los condujo a posturas de apertura con fuerzas comprometidas con el desarrollo del capital y del mercado, lo que los ubica en una línea de corte reformista. Por sus propias características 'no petroleras', sus economías se vieron en la necesidad de promover articulaciones productivas diversificadas en su composición tecnológica y abiertas a lógicas globales y a mercados de mayor complejidad en su composición tecnológica y política. ¿Puede la política de las izquierdas reducir su proyección a una sola de estas figuras diferenciadas, o la pluralidad de su composición puede de alguna manera ser recompuesta como estrategia regional de mayor impacto en las complejas lógicas globales? Una concepción lineal y progresiva de la política puede explicar, pero no justificar, el 'retraso' de los contenidos del enfrentamiento político y la misma calidad de la política de muchos sectores de la izquierda latinoamericana. Así, el programa de la izquierda podría concebirse como la realización de las tareas no cumplidas por la iniciativa capitalista. Pero ello significaría caer nuevamente en la trampa de recuperar el fatalismo de las fases ineluctables del desarrollo. Por esta vía, la izquierda que realice esas

tareas no cumplidas, y que 'pacte con la realidad' para realizar su programa estratégico, se volverá populista, acudirá a expedientes clientelares, o re-legitimará las formas caudillistas 'propias de la cultura política latinoamericana'. El desafío para las izquierdas consiste en realizar una política desde las exigencias más avanzadas que impone la complejidad global actual, y resolver desde allí los 'retrasos estructurales' que presenta la realidad del desarrollo y las mismas lógicas y estructuras semánticas del enfrentamiento político. La izquierda no puede anclarse en una comprensión retrasada del enfrentamiento político que no reconozca la existencia de complejas lógicas de mercado globales en las cuales está inserta la realidad latinoamericana. Su tarea no puede consistir en regresar a posturas ortodoxas y cuasi religiosas de rescate de una naturalidad social corrompida por las lógicas del capital. La diferenciación social es constitutiva de sociedad y esa dimensión no puede ser concebida como disfunción o como decadencia respecto de un origen incontaminado. La realidad actual es la de la contaminación de culturas y de referentes de valor. La iniciativa desde la izquierda deberá consistir en comprometerse con la producción de nuevos valores de convivencia. No hacerlo podría significar la reedición o reconstrucción de una vieja imagen del poder nuevamente absoluto, centralizador y excluyente. La política ahora es cosmopolita, inserta en complejas lógicas de mercado, comprometida con la multiculturalidad de la construcción de la sociedad, inscrita en la lógica de una hermenéutica generalizada y es en estas condiciones que debe demostrar su capacidad de gobierno. El compromiso con los derechos y con su defensa a ultranza puede ser la nueva carta de presentación de la izquierda.